

UN PROPÓSITO: REPENSAR NUESTROS ARCHIVOS COMO PRODUCTORES DE PRESENTE. RESEÑA DE ANARCHIVISMO. TECNOLOGÍAS POLÍTICAS DEL ARCHIVO DE ANDRÉS MAXIMILIANO TELLO

María Yolanda García Ibarra

Universidad Autónoma de Querétaro

ORCID: <https://orcid.org/0009-0004-6805-0829>

maria.yolanda.garcia@uaq.mx

Desde el inicio de *Anarchivismo. Tecnologías políticas del archivo* (2018), Andrés Maximiliano Tello anuncia su objetivo: “profundizar en los movimientos que desestabilizan el sueño del ordenamiento orgánico de los registros y de los regímenes sensoriales que delimitan los modos de vida en un espacio-tiempo determinado” (2018: 10).

¿Existe la política de lo registrado? ¿Qué significa archivo lejos de las periodicidades históricas? ¿Todo acto social es resultado de huellas registradas en cualquier soporte posible? Maximiliano Tello propone una ruta exhaustiva para observar cómo llegamos hasta el exceso de registro. Considera un hecho definitivo que buena parte de lo que entendemos por mundo está avalado por documentos y, por tanto, comprende nuestra contemporaneidad plagada por cúmulos de sensibilidades dependientes al archivo digital.

Para ahondar en las aristas del libro, consideremos primero algunos rasgos generales sobre el entorno digital contemporáneo. Internet está repleto de recuerdos montados sobre conexiones inalámbricas. En consecuencia, cada día, las avanzadas cibernéticas tienen información de calidad con la cual mejorar su capacidad para

relacionarse con nosotros: saben lo que consumimos, lo que decimos, lo que parecemos y lo que queremos parecer, se jactan de saber mejor que nosotros lo que es bueno. Mientras, con desencanto y resignación, vemos cómo el capitalismo digital existe y va forjando el umbral de las subjetividades. Online somos usuarios subordinados a interfaces gráficas amigables que nublan la capacidad crítica. El aparente “libre albedrío” para navegar se convierte en mercancía: lo vivido es almacenado y genera ganancias económicas.

De acuerdo con las particularidades del soporte digital, la realidad no es sólida y estática, la virtualidad permite navegar el hipertexto, rehacer, volver y eliminar. Andamos sin principio ni final, navegando entre ventanas un menú infinito de opciones que posibilitan la exploración diversa de singularidades archivistas. El archivo digital no admite decisiones definitivas, son posibles las revisiones y el usuario siempre puede volver a un momento anterior. Desde esa particular temporalidad, diariamente se comparten y crean 1800 millones de imágenes. La cantidad de información almacenada en la nube es tanta que se especula ocupa unos quinientos mil millones de gigabytes (si imprimimos y encuadernamos esa cantidad de gigabytes, formaría una hilera suficiente para cubrir diez veces la distancia entre la Tierra y Plutón):

...semejante incremento de la producción de información y de las capacidades tecnológicas de almacenamiento y procesamiento de datos masivos, es tal vez uno de los rasgos más significativos de nuestra época, pues no hay ningún momento histórico previo donde la multiplicación de los dispositivos de registro y almacenaje haya sido tan vertiginosa. Esta cuestión en ningún caso es accesorio para sus usuarios, pues transforma el carácter de nuestras relaciones colectivas y la textura de la experiencia cotidiana de manera hasta hace poco insospechada (Tello, 2018: 9).

Internet produjo el repositorio más vasto jamás creado, dicha capacidad de almacenamiento, introduce en la subjetividad un es-

tado consuetudinario que ya no percibimos, a ese estado plano se refiere Maximiliano Tello (2018) cuando menciona: "...es normal. Está bien ser normal. Es normal no querer perderse de nada. Querer vivir la vida al máximo es normal. Por eso es normal querer estar siempre conectado. Querer guardar tus recuerdos es normal. Y no tener que borrarlos, también. Es normal que tu celular no te ponga límites. Cámbiate a Samsung" (9). Maximiliano Tello estudia el archivo entendido como paradigma filosófico porque lo considera una senda fértil que recorrer. Bien a bien, no podemos saber qué nos deparará el archivo en el siglo XXI a través de la digitalización y la arquitectura de datos. Para leer *Anarchivismo. Tecnologías políticas del archivo* debemos abrir la mirada a recorridos profundos, pero a la vez luminosos porque no caen en la narrativa monográfica de estilo lánguido. La estrategia del libro replantea la perspectiva del concepto de archivo desde emprendimientos no sectoriales y, de manera ágil, traza cartografías inéditas.

Como resultado inmediato a las tácticas cibernéticas que redefinen su poder mediante optimizaciones en la capacidad de almacenamiento y de inteligencia artificial algorítmica, Maximiliano Tello (2018) enfrenta las concepciones fundacionales de la noción de archivo con el objetivo de trastocar su declinación canónica; busca obliterar la idea moderna en donde archivo sólo significa un conjunto cerrado de documentos escritos, impresos, redactados o recibidos por una administración y destinados a permanecer estáticos en cualquier biblioteca polvosa. Insiste en pensar la no totalidad orgánica del archivo para observar cómo es posible desembozar en la ruptura con el corpus a priori original: "¿Cómo entender entonces la noción de archivo si no es ya bajo un concepto convencional? ¿Cómo sería la mirada sobre el archivo para no naturalizar el ordenamiento de sus jerarquías y clasificaciones?" (27).

Para pensar más allá del historicismo que llena el tiempo homogéneo con acontecimientos estáticos, Maximiliano Tello divide su obra en siete secciones en las cuales define el archivo compuesto por entramados y prácticas sociales. Tal jerarquía divisoria le permite abordar las condiciones reflexivas de posibilidad del fenómeno

transversal denominado: máquina de archivo. Su objetivo es contraponer el archivo petrificado vs el archivo vivo. Mediante reinterpretaciones detalladas sobre el estatuto filosófico alcanzado durante el siglo XX realizados por figuras centrales como Michel Foucault y Jaques Derrida, Maximiliano Tello encara al archivo abandonado en espacios arquitectónicos porque desea pensar las prácticas de archivo de modo que no puedan ser reducidas a una actividad administrativa y sean consideradas por su emergencia heterogénea.

El archivo jamás aparecerá aislado del cuerpo social y de conjuntos de relaciones de cuerpos y fuerzas. Para redefinir el archivo Maximiliano Tello (2018) desarrolla las ideas de Deleuze y Guattari por su modo de ser tan refinado para observar brotes rizomáticos. Se apropia de la óptica de ambos filósofos y menciona que de “la propia raíz clasificatoria del corpus del archivo occidental y, por extensión, de cualquier archivo y su lógica arborescente, emerge una multiplicidad de conexiones, un conjunto de singularidades” (16). Consideremos que las singularidades arbóreas refieren no a características clásicas de fuente universal o conocimiento enciclopédico aunado a temas y materias, sino que son en sí mismas, unidades de funciones conexas, diagramadas y cargadas por saberes múltiples.

Al rastrear determinaciones conceptuales de la tradición filosófica sobre el archivo y al considerarlo una máquina cambiante, con órganos y generadora de reproducciones simbólicas culturales, Maximiliano Tello (2018) emprende estrategias propias de manera emblemática. Su objetivo es desnaturalizar el ordenamiento jerárquico-acumulativo del archivo y trastocar los límites del acontecimiento historicista: “la operación variable de la máquina social del archivo responde a agenciamientos maquínicos irreducibles. Nunca podemos hablar de ningún archivo que subsuma en su matriz de organización a la totalidad de las huellas de un momento histórico, de un territorio o de las superficies de inscripción de una sociedad” (29).

Sin duda, la separación con el orden histórico, caracteriza al pensamiento foucaultiano. Maximiliano Tello (2018) reconoce en

todo momento cómo, en su análisis, opera la mirada de Michel Foucault a modo de clave protagónica, porque él fue de los primeros en trastocar, desde la filosofía, las ideas convencionales sobre el archivo. Desde Foucault, la propuesta se ejecuta lejos de las unidades habituales del discurso histórico porque “no alude al estudio de las sociedades arcaicas mediante sus vestigios, pues el propósito de la arqueología foucaultiana no es indagar sobre el archivo de los orígenes ni tampoco emprender una búsqueda del origen del archivo” (30).

Hablar de organicidad del archivo va más allá de referir la materialidad de cualquier mamotreto polvoso compuesto de fechas, datos o jerarquías entre palabra e imagen. Hablar de archivo vivo implica construcciones cotidianas de sentido vinculados en diversos niveles de complejidad sociocultural. Maximiliano Tello subraya su búsqueda por los entramados multisensoriales implicados en “las relaciones de poder que configuran la máquina social del archivo en un momento histórico determinado” (44). Dichas relaciones implican al sujeto en tanto que éste se constituye desde ahí porque surge de lo abstracto de esas relaciones, el valor de reproducción capitalista y política. Por ejemplo, Maximiliano señala a los sujetos devenidos objetos desde el saber marketing en donde se dan juegos de veridicción: “no se trata ya de obligar a comprar un producto específico sino de registrar preferencias capaces de retroalimentar la adaptación de estrategias diversificadas de incitación al consumo” (44).

La no reducción jerárquica y clasificatoria de los archivos y registros, así como las implicaciones políticas del archivo, es un asunto que implica aquello que emana desde el sujeto cuando éste está, desde su multiplicidad perceptiva táctil, visual, auditiva o gustativa, en contacto con el registro. Es decir, el archivo vivo a modo de máquina social también se ve implicado en la composición de regímenes sensoriales. Maximiliano (2018) encara la confusión sobre el archivo como asunto del pasado e increpa la insuficiencia de la filosofía para enfatizar qué tanto el archivo reproduce presente:

Ni Foucault ni Deleuze son enfáticos en describir al archivo como una máquina social que produce lo contemporáneo, es decir, que opera moldeando nuestras percepciones y discursos no sólo sobre el pasado sino que, principalmente, opera definiendo la actualidad, en el despliegue de una economía de los registros y de una violencia archivadora que no deja de funcionar bajo nuevas formas. Para nosotros, la máquina social del archivo nunca es el mero vestigio de una organización social remota o caduca, ya que siempre aparece empalmada a operaciones gubernamentales, al despliegue de máquinas estatales, tecnologías disciplinarias o de control, que actúan en la configuración de la sociedad (48).

La complejidad maquinaica desarrollada por Maximiliano Tello será más nítida si la pensamos de manera análoga a las telecomunicaciones y al espectro digital. Es decir, aunque para algunos, a primera vista el archivo no parezca un problema filosófico renovado, su modo de ser paradigmático se materializa desde las tecnologías contemporáneas. Para comprender mejor este asunto, es importante aclarar la tradicional discusión entre las diferencias entre memoria y archivo. Maximiliano Tello pasa por Derrida, Bergson y Marx para desarrollar el modo de ser de los registros de archivo cuando son objetos y cuentan con superficie material: un soporte los contiene siempre, tanto así que pueden guardarse o ser destruidos. La memoria, en cambio, es una capacidad inmanente de la subjetividad. Sin embargo, nos dice Maximiliano Tello (2018) “la reflexión en torno a la máquina social del archivo implica, inevitablemente, una pregunta por el soporte de las inscripciones, de los signos, de los discursos y las imágenes. A pesar de ello, lo que soporta las marcas de la inscripción o los registros del archivo, suele ser ignorado” (142).

¿Qué subyace entonces a la máquina social del archivo? ¿Cuál es su soporte o la superficie sobre la que se administran cada registro con sus regímenes sensibles? Maximiliano Tello (2018) cuestiona lo anterior mientras que explica cómo, tal desajuste entre el soporte y

aquello que subyace, es una vía para entender la totalidad orgánica itinerante cuando recae en el sujeto que lo lee, descubre e interpreta. El archivo vivo perfora el cuerpo del soporte:

El archivo aparece entonces como un asunto demoníaco, o incluso vampírico: el subyectil de la hoja en blanco absorbiendo la tinta, el lienzo absorbiendo el óleo, la piel siendo perforada. El demonio bajo la superficie de inscripción es, en buena medida, algo más que un soporte inerte, es un muerto viviente, un nosferatu, especialmente una vez que la máquina social del archivo se acopla con la máquina capitalista, pues como bien repetía Marx en varios de sus textos, el capital es trabajo muerto que, al igual que un vampiro, vive sólo de chupar trabajo vivo, fuerza creadora de valor de la clase proletaria, que no ha cesado de chorrear sangre (143).

El capitalismo arcóntico resguarda el archivo porque el capitalismo genera dinero gracias al exceso de archivo. Esto no sólo tiene que ver con el espectro digital sino que se genera desde frentes variados del constructo social. En términos generales, es posible decir que el emplazamiento metodológico de *Anarchivismo. Tecnologías políticas del archivo* impulsan la idea de que, al liberar las singularidades materiales y simbólicas del archivo, se darán múltiples rupturas que a su vez, generarán, a modo de efecto dominó, otras formaciones narrativas no monolíticas. En consecuencia, desde tal emplazamiento, el nuevo archivista cuestionará la opinión de aquellos que piensen el archivo como obra de una sola narrativa universal. El llamado al que convoca Maximiliano Tello no es hacia la insurrección de los saberes contenidos en el archivo sino en contra de los efectos de poder centralizadores ligados a la institución.

Las humanidades digitales observan el fenómeno del archivo desde su coherencia interna, como objeto de estudio por sí mismo y eje transversal, que a modo de nodo propicia el entrecruzamiento de prácticas y saberes emergentes desde el cuerpo social y colec-

tivo. Si el archivo es productor fundamental de lo contemporáneo, ya no será simplemente un insumo cuantitativo de trabajo para guardar información.

Rechazar la grandilocuencia documental basada en datos como hipóstasis y piedra angular de la historia, es dejar de lado las investigaciones que no consideran importantes las formaciones sociales presentes en el devenir histórico: todo archivo tiene algo que contar sobre la superficie social en donde se origina. Desde las tablillas sumerias, hasta la Biblia de Gutenberg, desde las magistraturas hasta las tecnologías para encriptar información confidencial del Pentágono, Maximiliano Tello (2018) considera cómo se establece el orden desde lo registrado. Su propuesta es pensar los archivos siempre de la mano con el aparato estatal que los arroja. A fin de apropiarse de la emergencia interpretativa de los depósitos documentales, entiende el archivo extendido y articulado “en diferentes procedimientos, técnicas y prácticas sociales; un conjunto variable de operaciones de clasificación y diferenciación jerárquica de los registros, tecnologías de selección y exclusión de inscripciones, que son fundamentales para los modos de organización social dados” (62).

Navegando el espectro digital somos pasado abierto sin restricción alguna, pero también somos presente fabricado. Desde lo cotidiano, decir “archivo” significa una variable extensa: desde un pedazo de texto redactado a mano hasta cualquier hoja de cálculo contenida en Drive. Sucede que con el nacimiento y advenimiento de internet, nació otra manera de ver y hacer, de distribuir las palabras y las cosas. La hipercomunicación organizó y organizará distintas y nuevas formas de pensar el archivo, Necesitamos repensar, sin quimeras ni filias, los efectos sensoriales y subjetivos inscritos en cada singular práctica de archivo.

Maximiliano Tello representa al archivista maldito de nuestro tiempo. Piensa al sujeto trastornado por el soporte y construye una salida desde la potencia contenida en el archivo vivo. Enfatiza la singularidad de las huellas y abre las puertas del pensamiento para permitirnos pensar en qué manera su emplazamiento meto-

dológico va más allá de ideas abstractas y sería capaz de convertirse en acción. Al liberar la historia del pensamiento de su marca trascendental, el sujeto podría ir a contrapelo, operar desde la desorganización para combatir ese estado de normalidad aparente. Anarchivismo significa un modo de ser, mediante el desarrollo de prácticas emanadas desde el pensamiento político crítico. La dependencia hacia internet y supuesta libertad de acceso a la información no estarán completas si no repensamos el fenómeno. En estos tiempos de embriaguez digital, la propuesta de Maximiliano Tello es necesaria si de solidez, frescura y profundidad se trata.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Tello, A. (2018). *Anarchivismo. Tecnologías políticas del archivo*, Ed. La cebra.